

**CENA OFRECIDA EN HONOR DEL SEÑOR PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA DE CHILE, INGENIERO EDUARDO
FREI RUIZ-TAGLE. Bogotá, 27 de agosto de 1999**

Quiero saludar esta noche en usted, Señor Presidente, a todo el pueblo chileno y reiterarle a usted y a Doña Marta el afecto de esta nación que los quiere y aprecia. Sean bienvenidos todos ustedes, quienes desde el corazón y la realidad de la querida Chile han venido al encuentro con Colombia en una hora en la que en nuestros países se abren los interrogantes del futuro, ante nosotros, que hemos aceptado el desafío de preparar soluciones reales a problemas que, por lo común, se administraban para dejarlos como herencia a las generaciones venideras.

Comparto con usted el destino honroso y a la vez difícil de conducir nuestras sociedades bajo el umbral del Tercer Milenio y de conformar y liderar ese grupo privilegiado de pueblos que, bilateralmente o desde opciones de integración –como lo es el “Grupo de Río”-, marchan hacia un destino común –apasionante, es cierto-, no como fruto de la

intervención sino como sumatoria de autonomías regionales claramente asumidas y respetadas.

La historia demuestra paso a paso la verdad de esa idea que hoy hay que repetirle a aquellos que pretenden entender la globalización como uniformidad o como la disposición para obedecer voluntades exitosas pero ajenas a lo nuestro. Con ocasión y sin ella, hay que repetir que “Unidad sin diversidad es tiranía y diversidad sin unidad es anarquía”.

Construyendo la democracia:

Quien sepa leer la historia de nuestras dos naciones llegará a conclusiones por demás interesantes: Desde San Martín y Bolívar nuestro transcurrir no ha sido otro que el de construir la democracia. Y esto es tan cierto que aún los críticos de ocasión tienen que reconocer que hacia ese propósito han apuntado los esfuerzos de nuestras gentes.

Fundamentar, generar, afianzar, recuperar, enriquecer la democracia no es una tarea fácil, pero, por lo general, es preciso contar siempre con la incomprensión y la ligereza de

quienes conciben la democracia como ese sistema que tiene la obligación de garantizarles el inventario de sus privilegios personales o de grupo, sin importar la suerte de sus conciudadanos.

Cada vez más se puede apreciar en los momentos de crisis que hay quienes nacieron a la existencia como acreedores: todos les deben y todos están obligados a pagarles una deuda eterna que no permite generar Bien Común, Justicia Social y Sentido de Convivencia.

Construir democracia es, entonces, una de esas tareas que demandan de los demócratas invertir todo lo que tienen –aún su prestigio- para lograr amarrar los cimientos que garanticen el futuro.

Portadores de un sueño:

Permítame, Señor Presidente, que abra ahora un espacio al recuerdo, que no tiene ningún propósito de hacerle concesiones a la nostalgia. Los grandes personajes de la historia no se miden tan sólo por el pasado sino

fundamentalmente por el futuro. Un estadista no se justiprecia por lo que administró sino por la capacidad que tuvo para generar nuevas realidades. En la vida política, para unos la verdad es sembrar, para otros es cosechar. Usted y yo, y también nuestros padres, pertenecemos al grupo de sembradores, a quienes nos ha tocado la tarea de seleccionar la semilla, de cuidar el campo y de regar y proteger todas las posibilidades para las generaciones futuras.

Eduardo Frei Montalva y Misael Pastrana Borrero son ante la historia de América Latina esos dos creadores de un nuevo pensamiento que recupera para la política el espacio de ser la generadora del Bien Común.

Leyendo y releendo esas páginas inolvidables sobre “América Latina, opción y esperanza” o aquellas de “En el devenir del cambio”, se descubre la capacidad que tuvieron de soñar realidades nuevas.

Y lo hicieron porque su vida era “radical”, es decir, tenían raíces. A decirlo bien, no se pertenecían: eran de todos.

Fueron nuestros padres, pero más que ello dieron a luz, con otros hombres y mujeres excepcionales, las líneas maestras que preanunciaron los desafíos a los que hoy nos enfrentamos.

Política y valores:

Una de las grandes crisis de la política y de la democracia está constituida por aquellos que pretenden construirlas ignorando que el Ser humano debe estar alentado, motivado y fundado en valores. Sin ellos, decía Eduardo Frei, “no hay posibilidades de vivir en paz”, o, según Misael Pastrana, se encuentra gravemente “comprometida la tierra prometida”.

Es preciso volver a crear consenso sobre los valores que fundan nuestra acción. “La democracia no puede ser tan sólo una fórmula política” sino también un árbol que crece en todas las dimensiones. Maritain hablaba de ella como “forma de vida”. Sin un concepto definido de Ser humano no podemos pretender avanzar hacia ninguna parte, afirmaba Pastrana.

Reivindicar en el Ser humano, -que quiere vivir en democracia la trascendencia-, el derecho a vivir, a la libertad, a la solidaridad, a la convivencia, al desarrollo, a la justicia, al bienestar y a la paz, es fundamental. Ninguna guerra, ninguna confrontación, nada justifica el sacrificio de ninguno de estos valores. Tenemos que ser claros: donde muere un valor, lo que muere son centenares y miles de seres humanos.

Y digo esto porque todos los aquí presentes, Señor Presidente, coincidimos en que si desaparecen los valores que crean el cauce de la democracia, nadie podrá contener el desbordamiento de ese terrible monstruo del “sálvese quien pueda”.

Conservar el imperativo de esos valores es asegurar el derecho humano a la solidaridad, a la esperanza, a tener ilusiones, a creer que la vida será propicia y buena para nuestros hijos y las generaciones por venir.

Son los valores los que permiten creer que la democracia y la política son los espacios propicios para el rescate de la

Verdad y del Bien Común. Son los valores los que nos hacen posible reclamar la redefinición del poder como “opción privilegiada del servicio” o del político como “aquel que dice siempre la verdad”.

Es hora de regresar de ese pragmatismo que sólo atiende al imperativo de obtener buenos resultados hoy, no importando qué malas realidades se generan para el mañana.

Chile y Colombia han llegado a esa decisión de que es preciso crear un nuevo orden social, que es preciso volver a crear consensos, que es urgente volver a abrir espacios, porque sólo haciéndolo serán posibles la credibilidad y la gobernabilidad. Es preciso reconciliar a unos ciudadanos con otros y tener la certeza de que la Unidad de una nación pasa por la Unidad de los valores que profesa.

Ninguna guerra es justa y ninguna paz es imposible. La violencia sólo es generadora de violencia y yo creo que es preciso de una vez por todas dejar de identificar el coraje con la guerra para poder convocar a todos a tener “coraje por la paz”. El camino hacia la paz no tiene regreso posible y lo digo

con claridad: continuaré haciendo todo lo que la paz reclame, con dignidad y justicia.

Quien justiprecie su tarea de gobierno tendrá que aceptar y no será difícil reconocerlo, para personas de buena voluntad y de sana inteligencia, que usted ha avanzado con éxito en este camino. Usted ha gobernado a Chile en la verdad y donde ella se siembra crece la democracia, que desaparece tan sólo allí donde ha triunfado la mentira.

Democracia y Bien Común:

Es preciso entender que la democracia sólo es posible allí donde la libertad y la responsabilidad se hacen presentes. No se pueden seguir separando, -sin tener que padecer las consecuencias de ello-, lo político de lo social y ambos de lo económico. No se puede seguir pensando en que a la economía le va bien si al país le va mal o que una crisis evidente de liderazgo no trastorna la vida social o económica de una sociedad.

La democracia tiene que ser capaz de garantizar la supervivencia y la calidad de vida de todos los conciudadanos. El número de excluidos coincide siempre con el número de interrogantes que debe responder la democracia.

Productividad, conocimiento, austeridad, solidaridad, capacidad de fijar prioridades, desarrollo de la iniciativa personal y comunitaria, son características que hacen parte del camino de una democracia que ha tomado la decisión de identificar su destino con el Bien Común, con la satisfacción de esas necesidades básicas que constituyen el mínimo exigible de humanidad que debe lograr la democracia.

Para esto necesitamos de todos y de su capacidad de solidaridad. Cómo recuerdo aquel pensamiento de Garaudy, cuando afirmaba que una sociedad o una persona podrían funcionar sin solidaridad, pero no existir.

Defendiendo la democracia:

Testigo de excepción es usted, Señor Presidente, de las dificultades que existen para defender la democracia. La tarea de un gobierno consiste en enriquecer el capital de razones que hacen “amable” la democracia.

Democracia sin justicia social es imposible. Democracia sin autoridad es imposible. Democracia sin sensatez es imposible y democracia sin prioridades es imposible. Y seamos claros: democracia sin demócratas es un imposible categórico.

Saber qué país queremos construir y saber con quiénes vamos a hacerlo exige una urgente respuesta. Reformar la política, reorientar la economía, organizar la justicia, formar una conciencia moral en el ciudadano, son acciones ineludibles.

El gobierno que presido se ha hecho a esta tarea con decisión y con audacia, evaluando dificultades, pero confiado en la capacidad de la sociedad colombiana para responder a cada uno de los desafíos, seguro de que la ruta tomada constituye condición indispensable para construir la

convivencia, la paz y abrir espacios ciertos de realización personal y social.

Todo esto no será posible si no se cuenta con el entorno propicio y el apoyo decidido de la comunidad latinoamericana y de la comunidad internacional.

Solidaridad regional y no intervención

Tal como tuve ocasión de señalar recientemente en Panamá, con una estrategia de buena vecindad, Colombia contribuye activamente a la seguridad regional, desde una perspectiva solidaria en la cual las medidas de confianza van ganando terreno y la cooperación respetuosa entre los Estados del hemisferio se impone sobre cualquier injerencia indebida.

Para Colombia la estabilidad regional se funda además en la preservación de los valores democráticos y en la construcción de mecanismos que generen una participación ciudadana cada vez más profunda en el Continente. Como Presidente de Colombia no puedo aceptar que se siga propagando con infundadas razones la injusta apreciación de que somos una

amenaza para la seguridad regional. He iniciado un proceso de paz para solucionar complejos problemas que desde hace cerca de cuarenta años nos afectan, y que ha merecido el apoyo de la Comunidad Internacional. Cuestionamientos que vayan más allá de la preocupación respetuosa, contradicen el espíritu de la buena vecindad. Somos los colombianos los que debemos encontrar con nuestras propias fórmulas el camino de la reconciliación nacional. Jamás aceptaré como Presidente de Colombia presiones indebidas, ni intervenciones foráneas, ni acciones que menoscaben la dignidad de un pueblo que ha tenido que sufrir y realizar enormes sacrificios por problemas que son en su origen de responsabilidad compartida de la Comunidad Internacional.

Hacia el futuro las naciones del hemisferio deben avanzar en la búsqueda de consensos que nos permitan hacer de la cooperación respetuosa la herramienta propicia para gozar de los beneficios de la globalización y minimizar sus riesgos. Avanzar en los compromisos presidenciales adoptados desde la Cumbre de Miami, y refrendados en la Cumbre de Santiago de Chile debe ser el marco de referencia programático para orientar las relaciones hemisféricas.

Esa cooperación amistosa se sustenta en la coyuntura mundial presente al menos en dos principios fundamentales: la defensa auténtica del Derecho Internacional, en especial, en cuanto al cumplimiento de buena fe de los compromisos internacionales y la resolución pacífica de las controversias; el otro, la cooperación en las relaciones internacionales que deje atrás las épocas de confrontación.

Solo así, el Continente Americano será un escenario propicio para el desarrollo económico y social que favorezca las necesidades de pobreza y marginalidad social que afectan a nuestros pueblos, sustento insustituible de una verdadera paz hemisférica.

Los desafíos de la integración:

Integración es el reto, si ella significa unir esfuerzos, crear metas comunes, poner en común capacidades y disposiciones. Chile y Colombia lo han hecho en la historia con dedicación y con fidelidad, no sólo bajo la protección de esa mentalidad integradora que fuera Don Andrés Bello, sino

formalmente, desde cuando en 1.821 se hiciera el intercambio de plenipotenciarios y en 1.822 se suscribiera el “Tratado de Unión, Liga y Confederación” o cuando en los años 60 Frei, Lleras Restrepo, Pastrana y Valdés abrieron caminos e inauguraron búsquedas de integración regional.

Gracias a la visión que ellos tuvieron sobre la experiencia vivida en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, ALALC, surgió la idea de que la integración a nivel de subgrupos, en los que se atenuaran las asimetrías entre los socios, estaría en capacidad de arrojar mayores resultados. La posterior creación del MERCOSUR y otras iniciativas bilaterales y multilaterales de integración, ha ratificado esa orientación. Durante su Administración, Señor Presidente, se concretó el acuerdo de Chile con el Mercado Común del Sur. Negociaciones semejantes deberían vincular ahora a su país con la Comunidad Andina de Naciones.

La Asociación Latinoamericana de Integración, ALADI, ha sido el marco jurídico para el desarrollo de nuestras relaciones comerciales, amparadas positivamente en el Acuerdo de Complementación Económica suscrito en 1993.

Su implementación ha impulsando la inversión y ha diversificado el intercambio, si bien en la etapa más reciente hay un déficit para nuestro país. El alto aprovechamiento de este instrumento nos invita a estudiar una nueva ampliación y profundización del mismo. El comportamiento de la inversión extranjera directa ha sido igualmente alentador. Queremos seguir acompañado y estimulando ese proceso, en el cual los operadores privados han jugado un papel fundamental. Destacamos la importancia del Acuerdo para la promoción y protección de la inversión, llamado a apoyar y ampliar los movimientos de inversión mutua.

Señor Presidente: en el umbral del nuevo siglo, nuestros países y la región deben afrontar retos fundamentales:

- Los efectos de la crisis financiera han mostrado la vulnerabilidad de nuestras economías frente a desequilibrios originados fuera de la región. Es imprescindible nuestra participación en la construcción de un nuevo entorno financiero internacional, para evitar que recaigan sobre nosotros las consecuencias de fenómenos en los que no estamos involucrados. Las devaluaciones,

pérdidas de la demanda, y acentuación en la caída de los precios de las materias primas y los productos básicos, no sólo han afectado nuestro crecimiento económico y comercio internacional, sino también el comercio intrarregional y los procesos de integración. No podemos permitir que se pongan en entredicho los importantes logros alcanzados por la región, y por ello no podemos ahorrar esfuerzos de conciliación.

- A través de cambios estructurales, en los que Chile fue pionero, la región conquistó en la última década una nueva fisonomía económica, adaptándose a la globalización, reconociendo el papel del mercado y la necesidad del equilibrio macro-económico. Ahora enfrentamos el impostergable desafío de conquistar el desarrollo social. Las políticas para crear empleo, frenar las tendencias hacia la marginación social y superar la pobreza son aquí prioritarias. No podemos renunciar a la concepción del Estado como redistribuidor de la riqueza, ni al propósito de humanizar la globalización, como demostración de verdadero realismo político y manera de consolidar

efectivamente los logros alcanzados y mantener los incentivos a la inversión extranjera productiva.

- En estrecha relación con los objetivos anteriores, tenemos el reto político de ampliar los comportamientos democráticos, fortalecer la justicia y garantizar el respeto a los derechos humanos. Debemos preservar la integridad de la familia como célula fundamental de nuestras sociedades, y desterrar los flagelos de la corrupción y el problema mundial de la droga, a través de mecanismos multilaterales de evaluación, basados en la cooperación y el concepto de corresponsabilidad.
- La integración hemisférica representa una importante posibilidad para la región. Queremos avanzar en esa dirección, concretando negociaciones transparentes y equitativas, en las que las asimetrías entre los socios no se conviertan en factores adversos al proceso. El libre comercio en las Américas constituye sin duda el gran horizonte para el desarrollo de nuestras relaciones económicas y comerciales en el próximo siglo. Simultáneamente debemos continuar impulsando, como lo

ha hecho hasta ahora la región, el cumplimiento de los compromisos multilaterales en la Organización Mundial de Comercio, y el avance en las negociaciones de la Ronda del Milenio. Nuestras economías requieren la supresión de los subsidios a la agricultura, la reducción de los aranceles a los productos agrícolas y la atenuación de la política de contingentes agrícolas aplicada por los países desarrollados, y contrarios al libre comercio.

Recuperando lo fundamental:

Señor Presidente: El desarrollo de un país se mide por el desarrollo de los derechos humanos de sus ciudadanos en todas sus dimensiones esenciales, económicas, culturales y sociales.

Es preciso dejar de matar y más aún urge crear el imperativo por la vida. Es preciso trabajar contra la exclusión, contra la pobreza y contra la marginalidad. Una sociedad que vive sin certezas no tiene la certeza de vivir. Es preciso derrotar la miseria si se quiere merecer la paz. La mesa de conversaciones más importante es aquella en que los

ciudadanos se reúnen alrededor del “pan nuestro de cada día”. Si en esa reunión no está presente el pan, no hay paz posible.

Permítame, Señor Presidente, afirmar que su gobierno y el mío trabajan por consolidar y asentar la democracia en un Estado Social de Derecho, con una economía social de mercado, dentro de un modelo social de desarrollo, teniendo en cuenta ese pensamiento crucial de que “construir una nación es construir los valores y el carácter de sus gentes”.

Somos usted y yo servidores del pueblo, obligados –decía su padre- a crear un camino y una esperanza; obligados –decía mi padre- a hacerlo dentro de la verdad y de la solidaridad. Por la memoria de ellos brindo esta noche, porque ellos están aquí presentes con nosotros.

Brindo por usted, por Doña Marta, por los chilenos todos que escriben a diario esa “oda elemental” de la amistad entre los pueblos.

Y brindo por el privilegio de haber podido, no sólo reafirmar nuestra amistad y nuestro destino común, sino por hacerlo con quien es símbolo de entereza moral en América Latina.